

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Nos hemos acostumbrado a verlo quietecito en los altares, vestido de sotana negra y con una casulla lujosa, pero Íñigo cuando era joven llevaba capa abierta, cabellos largos rubios, vestidos multicolores a cuadros, espada al cinto y, a veces, loriga y coraza, empuñando una ballesta ¡Ah! y llevaba la birreta roja de los Oñaz. Gamboínos y Oñacinos la torcían a derecha o a izquierda para distinguirse. Nadie pensaba que iba para santo. Ni él mismo. Para ello le sobraban muchas cosas y le faltaban otras.

Había nacido en 1491, hace más de quinientos años, y murió el 31 de julio de 1556. Su nombre corre hoy por todo el mundo. Es el más universal de los vascos. Su influencia en la cultura occidental y luego en la americana es inmensa; pero también ha llegado al Japón, a la India y a otros lugares remotos. En Estados Unidos hay una Universidad que se llama Loyola. En León, de México, otro espacio universitario lleva su nombre.



Figura Nº 2

¿No te pica un poco la curiosidad? ¿Por qué esta irradiación del nombre y apellido de un vasco por todo el mundo? El que hoy subsista en tan distintos y remotos espacios quiere decir algo: que de alguna manera está presente. No está sólo presente su nombre, está también su espíritu. ¿Quién se acuerda hoy de este modo de Carlos V, o de Enrique VIII de Inglaterra o de Francisco I de Francia? Éstos fueron reyes poderosos. Es verdad que recordamos sus nombres, las gestas que protagonizaron. Pero están muertos y bien muertos.

Ignacio de Loyola vive. Vive en su obra, que fue la Compañía de Jesús, hoy extendida por todos los continentes. Muchos cientos de miles de hombres han sido sus alumnos. Solamente en México la Asociación de antiguos alumnos de jesuitas pasa de treinta mil afiliados. Además Ignacio de Loyola escribió un pequeño librito. Se llama *Ejercicios Espirituales*. No es un libro para leer, sino para practicar, como suelen ser los libros de cocina o de aprender piano. Acaso, mal o bien, tú también alguna vez has hecho los Ejercicios Espirituales. También tú, de alguna manera, eres hijo espiritual de San Ignacio. Muchos millones lo han practicado a lo largo de cuatro siglos. Dicen que ha convertido a Dios más personas que letras tiene.

La huella de Ignacio de Loyola en la historia humana es enorme. Su libro, su persona, es de esas cosas raras de las que se dice que cambian el mundo. No todo el mundo, claro está, pero sí a muchas personas y a través de ellas el mundo mismo. ¿No te gustaría saber el secreto de esta gran fecundidad?

EL MENOR DE MUCHOS HERMANOS

Alguna vez habrás estado en Loyola. Si no, debes ir este año, en que vendrán a Loyola gentes de todos los países del mundo, atraídos por un nombre: Ignacio, que primero se llamó Íñigo. Cambió de nombre cuando tenía bastantes años y no sabemos a ciencia cierta por qué. Acaso creyó que Ignacio era la forma culta equivalente de Íñigo. Pero lo importante no es el cambio de nombre, sino el de vida, y sólo a esto se debe su fama y su grandeza. A veces pensamos que todo en nuestra vida está marcado y decidido. Sin embargo, hay hombres que muestran grandes cambios. Y no porque cambien de oficio o muden el lugar de su estancia. Uno de los cambios más profundos es el que se refiere a nuestra actitud ante Dios. Ese fue el cambio de Íñigo, cuando menos lo pensaba. Porque, de joven, fue más o menos como tú.

Era el menor de muchos hermanos, nada menos que trece. Hijo de una familia importante y muy orgullosa de su clase. Nació en la Casa-torre de Loyola. Hoy su casa sigue en pie, hecha de recias piedras, con el mismo escudo sobre la puerta que él contemplara y con la parte alta de ladrillo por castigo del Rey. Los Jauntxos (Señores) de Gipúzcoa vivían en casas semejantes, con su aire de fortaleza. Las rencillas y venganzas entre ellos conducían a una especie de guerra civil de bandos. Los reyes quisieron reducirlos quitando a sus casas el aire de fortalezas y a veces desterrándolos hacia las tierras fronterizas de moros. Así ocurrió con el abuelo de Ignacio de Loyola.

CASA-TORRE EN UN VERDE VALLE

Cuando vayas a Loyola echa a volar tu imaginación. Imagínate aquella casa solitaria y aislada, rodeada de bosques de castaños, hayas y robles. No existían jardines ni casas anejas, y menos la fastuosa basílica y construcción de piedra gris que rodea y oculta la casa. Borra con la imaginación las casas y hoteles próximos, los edificios enormes que se yerguen al



Figura Nº 3

pie del Izarraitz, las feas fábricas y barrios nuevos de Azpeitia. Delante de la casa había un alto árbol copudo que se veía a distancia en el verde valle, caminando de Azpeitia hacia Loyola. Al otro lado

del valle estaba la villa de Azkoitia. Íñigo nació en una casa solitaria y aislada y desde niño aprendió a amar y gustar la soledad. Además parece que no conoció a su madre y eso acrecienta la soledad de un niño.

Encerrado en el verde valle, acaso algún día subiría al Pagotxeta y sobre todo a la cumbre del Izarraitz. Desde allí descubrió que el mundo no terminaba en el valle. Además, se le ofreció la vista del mar, del inmenso mar que llevaba ¿a dónde?, a Flandes e Inglaterra, donde comerciaban los marineros vascos. Pero también a tierras más lejanas y extrañas. Al año siguiente de nacer él, Colón llegó a un nuevo Continente, que creyó que era Cipango (Japón) o la India. Le empezaron a llamar Indias, Tierra firme, años más tarde, América. A muchos vascos les tentó América. También a un hermano de Íñigo, del que nunca más se supo. Otro hermano luchó como soldado en las guerras de Italia cuando el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba y murió pronto en Nápoles. Íñigo supo la muerte de sus hermanos en tierras lejanas. Y acaso pensó: ¿Qué sería de él?

El mayorazgo de la familia heredaba las posesiones y los demás hermanos tenían que buscarse su vida. El mayorazgo fue Martín, el segundo de los hermanos, por muerte del mayor en Italia. Íñigo tenía siete años cuando entró en Loyola la nueva dueña, esposa de su hermano. Era un niño, comparado con su hermano heredero; un tío muy joven para su sobrino. Todavía vivirían unos años a la sombra de su padre y para este sería una preocupación qué hacer con el menor de los hijos. ¿Se quedaría en la tierra o correría ventura como otros de sus hermanos? De niño aprendió a decir “nuestra casa” (*gure etxea*), “nuestros manzanos”, pero luego se iría dando cuenta que todo aquello era de su hermano.

ACIA LA ANCHA CASTILLA

La suerte vino a sonreírle en forma de carta. Una carta de una tía, tía de la familia, doña María de Velasco, casada con el Marqués de Mayor de Castilla, algo así como el Ministro de Hacienda. Le ofrecía a su padre, don Beltrán, la posibilidad de acoger en casa a uno de sus hijos para educarlo junto a la Corte. Íñigo tenía once años, cuando su padre le empujó a aceptar la oferta. Fue a lo desconocido, pero iba protegido. Su última tarde en Loyola pasó la vista sobre la falda azulada del Izarraitz y sus ermitas, acarició las paredes de su casa, le sonaron distinto las campanas de Azpeitia y los balidos de las ovejas que se recogían al aprisco. Sintió sobre sus hombros la mano protectora de su padre, acaso sintió el vacío de la madre. Se fue. La anchura de Castilla le impresionó como a todos los vascos; aquellos lejanos horizontes, el cielo inmenso azul. Atravesando Burgos y Valladolid, llegó a Arévalo. ¿Qué eran las posesiones de los Loyola, sus caseríos, heredades, arboledas, comparados con la extensión de Castilla? Otros nombres fueron sonando en sus oídos. A los topónimos familiares de Araunza, Aldacaitz, Errastitxipía, Leizargárate, Mendiolaza, sucedían ahora Pancorbo, Quintanapalla, Cabezón, Dueñas, Tordesillas, etc... El mundo era más grande.



Figura Nº 4

Íñigo fue acogido en una familia de doce hijos, más o menos de su edad. El mayor le llevaba siete años, pero eran de su edad

Miguel, Agustín, Juan y Arnao Íñigo nunca fue paje, como se suele decir Pero vivió en un auténtico palacio real, el de Arévalo, que lo tenía la familia Velázquez de Cuéllar-Velasco El padre gozaba de la amistad y confianza del Rey Fernando el Católico y recibió de él innumerables mercedes Había sido el testamentario de la Reina Isabel y había adquirido muchas de las cosas preciosas vendidas a la muerte de la Reina Íñigo, pues, vivió en una mansión de lujo, en la que algunas veces moró el Rey Hoy sabemos que disfrutó de vajillas de oro y plata, de finísimas sábanas de Holanda En alguna grande fiesta se usaba un Misal que tenía 219 perlas engarzadas Aprendió a vivir como un rico y adquirió modales cortesanos Además disfrutó de una esmerada educación y formación Tenía una hermosa caligrafía, aprendió música y a tañer instrumentos Su paisano Anchieta era un músico célebre en la Corte Hasta aprendió a hacer versos

En la casa había preciosos libros, cuyos títulos conocemos *Del peregrino de la vida humana* de Guileville, un tratado *Del regimiento de la conciencia*, un libro titulado *Reformación de las fuerzas del ánimo*, un manuscrito con la descripción de la Tierra Santa Todo esto sonará fuerte más tarde en la vida de Íñigo, pero entonces le gustaban más los libros de caballería, con sus fantásticas aventuras, y le entusiasmaba cabalgar, aprender el manejo de la espada, soñar con justas o torneos, vestir bien, anhelar la fama y las proezas

Por Arévalo pasó el Rey Fernando en 1508, 1510, 1511 y 1515 A veces cuando iba a Burgos, Valladolid o Segovia, le acompañaba Velázquez de Cuéllar y su familia, y con ellos naturalmente Íñigo El Rey hablaba de vasallos leales, de proyectos de conquista, de las cosas de América Íñigo se dejó subyugar por la magia de la realeza, por la mística del servicio, por la gloria del leal caballero Más tarde transferirá estos valores del Rey temporal al Rey eternal Todo ello perfilaba horizontes hermosos y grandes, que se agigantaban en momentos raros de nobles empresas Mas, la vida de cada día dejaba resquicios para hazañas menos gloriosas